

EL INFIERNO DE DANTE*

Edmond Jabès

Breves, ínfimas reflexiones, tan frágiles que podrían inscribirse al margen del tema de esta noche -al margen, en las orillas de un texto que ha despertado nuestro interés, estas notas o comentarios, escritos a lápiz, porque no estamos del todo seguros de ellos o porque no tuvimos tiempo suficiente para madurarlos.

* * *

El infierno no es el lugar del dolor. *Es el lugar donde se hace sufrir.*

No es el Mal. El Mal tiene su lugar en nosotros. No podemos servir de lugar al infierno.

* * *

El Mal no tiene un lugar. Cuando decimos que su morada está en nosotros, queremos decir que ofrecemos al dolor un lugar provisorio; porque nosotros no poseemos la exclusividad del sufrimiento; pero el sufrimiento, a su vez,

*Original francés, Edmond Jabès, *L'Enfer de Dante*, Fata Morgana, Paris, 1991. Traducción: Héctor Schmucler.

no existiría si, para sentirlo, para dar testimonio, para justificar finalmente su realidad, no tuviera al hombre que sufre, al hombre enfrentado con su padecer, cuyas lágrimas y cuyos gritos no son otra cosa que manifestaciones desgarradoras de su mal.

No hay grados en el Mal. Cualquier dolor es, él mismo, un todo. El Mal es totalidad del sufrimiento.

* * *

El que dice: "Me duele" porque se ha herido un dedo o porque le han sacado un diente, emplea la misma palabra que aquél que aúlla bajo la tortura.

Y, sin embargo, ¿quién osaría comparar su padecimiento?

* * *

No se comunica. Se señala.

* * *

Comparar un sufrimiento con otro sufrimiento, aún cuando ambos sean provocados por un mal común, es arbitrario; pues no se puede prejuzgar sobre la capacidad de sufrir de un ser. Lo vemos sufrir, pero lo que vemos no es el sufrimiento; es él, debatiéndose con el sufrimiento.

En el paroxismo del dolor, los gritos de los suplicados son, también, gritos de niño.

* * *

Existen, sin duda, en lo absoluto; grandes y pequeños dolores, heridas superficiales y profundas; existen, naturalmente, dolores más o menos

soportables y otros, físicamente o moralmente insoportables; pero todos tienen una sola palabra para designarlos: Mal.

* * *

Y, tal vez, porque no se puede definir el sufrimiento, fue necesaria, para poder al menos expresarlo, una palabra que al mismo tiempo que destacaba un sufrimiento particular, distinto, los despertaba a todos, para nosotros.

Una palabra tan vasta, tan familiar al sufrimiento, tan apropiada a todos, que si con ella lográramos diferenciar uno para precisar sus límites, nos permitiría *seguirlo hasta donde ya no existe*; a tal punto es verdad que cualquier dolor, ante todo, es comienzo de dolor infinito.

* * *

¿Pero qué palabra de dolor podría ser, en sí misma, tan vasta que pudiera contenerlos a todos?

Podría ser, por ejemplo, una palabra vacía, como la palabra de Dios, tan abierta al infinito, que todo el universo no encontraría ninguna dificultad de alojarse en ella.

* * *

En “encerrar”, en “encerramiento”, resuena la palabra “infierno”.

¿Y si el infierno sólo fuera el encierro del mal en el mal?

¿Una palabra -un mundo- cerrada sobre sí misma, igual que el pecado?

* * *

En el prefacio a su soberbia traducción del Infierno de Dante, Jacqueline Risset evoca AUSCHWITZ, esta área de la desdicha, este lugar delimitado del horror sin límites, este infierno, justamente, en que el dolor interroga al

dolor sólo para que toda interrogación se vuelva vana.

* * *

Auschwitz es el infierno donde millones de seres humanos fueron los mártires inocentes de una monstruosa empresa de inferiorización, de desvalorización, de rebajamiento sistemático del hombre ante los ojos espantados de la muerte, tan degradada ella misma, que por primera vez conoció el asco.

Sí, Auschwitz, posiblemente, le enseñó a la muerte el remordimiento. Matar para, finalmente, salvar.

* * *

En el origen de Auschwitz no está el pecado. No está en el corazón de las víctimas sino, tal vez, en el corazón de Dios.

Por eso las llamas que se elevaban en el humo de los hornos crematorios no eran las del infierno de San Pablo. Las llamas de Auschwitz no purificaban el alma de los deportados. Las devolvían más livianas a la nada.

* * *

El infierno cristiano, por definición, es inmodificable, ningún factor modificante puede intervenir, en busca de un cambio convenido, porque la muerte en él está ausente como muerte activa, inventiva en el seno de la vida. Ella, ya, desempeñó su papel. Ha castigado para siempre.

* * *

Estamos del otro lado de la frontera donde no hay más un tiempo para la alegría y uno para el dolor. Hay la eternidad de la felicidad y la eternidad del sufrimiento; porque no podemos disociar el infierno del paraíso. No podemos pensarlos al uno sin el otro.

Auschwitz, en cambio, sólo puede ser pensado en relación a Auschwitz.

Doble encerramiento.

* * *

Esta visión del infierno cristiano descrito en los Apocalipsis de San Pedro, después, dos siglos más tarde de San Pablo, nos la restituye Dante con la fuerza de las primeras palabras *-de las palabras primeras-*. "*Afirmación en estado puro*", como subraya Jacqueline Risset en su reciente ensayo, "Dante, escritor".

Pureza del poeta que coloca, en boca de su Maestro, de su guía, de su doble en realidad, las palabras que lo asombrarán, porque son, verdaderamente, palabras primeras y que interrogará sin cesar.

Lo que Dante ve, es lo que Dios muestra, por primera vez, a un hombre. Y éste, por su parte, es el único que nos lo muestra.

Es implacable su mirada y, ante tanto sufrimiento acumulado, está serena, a pesar de todo, su conciencia.

¿Pero estamos tan seguros?

* * *

¿La justicia del hombre puede ser, en su aplicación, tan intransigente, tan radical como la de Dios?

* * *

Quisiera, aquí, referirme a este pasaje del Canto VIII del Infierno, que cito en su traducción francesa.

"Y yo a él: *Si vengo no me quedo;
¿pero quién eres tú, tan repelente?*"

"Respondió: *Sólo soy uno que llora*".

Respuesta de hombre a un extranjero, encontrado por azar; a un poeta llegado de otra parte, al que nada conmueve. Que más bien se indigna. Escuchémosle:

“Y yo: Maestro, me sería grato verlo anegado en medio de ese cieno antes de que abandonemos la laguna;

Y él a mí: Pues antes de que la orilla se deje ver, te sentirás saciado: de ese deseo es justo que disfrutes”.

Y, sin embargo, en el Canto V habíamos leído:

“Mientras que un alma esto me decía, la otra lloraba tanto que apiadado, me sentí desmayar como quien muere, y caí como cuerpo muerto cae”.

* * *

Irreversible es el Juicio de Dios pero, en alguna parte, una lágrima se ha derramado.

Lo que Dios muestra al poeta es, tal vez, lo mismo que el poeta muestra a Dios.

En la noche, es necesario un extraordinario conocimiento de ella misma para que se nos muestre, de pronto, resplandeciente.

Habrà, siempre, un poco de luz en el fondo de la sombra y un poco de sombra, en lo más ardiente de la luz.

Nada va a nada. Nada nos viene de otra parte.

Todo está en nosotros, en espera de nosotros.

* * *

Así el blanco nunca es solamente blanco y el negro invariablemente negro.

Esta noción de lo “variable”, que evoca la noción de evolución, debería, a mi parecer, ser también tomada en cuenta. Nociones que implican recurrir al tiempo.

* * *

¿Pero cómo introducir el tiempo, allí donde el tiempo está abolido? En otros términos, ¿cómo sustraer a la eternidad la eternidad, para restituirla al tiempo que ella ya ha suprimido? ¿Cómo hacer entrar lo provisorio en lo eterno, salvaguardando la integridad de lo uno y de lo otro? ¿Cómo pensar la esperanza allí donde todo está resuelto, fijado de antemano? ¿Cómo, en fin, practicar una abertura en un eterno porvenir clausurado? Aquí, adquiere todo su valor, todo su sentido, la creación del purgatorio; invención más tardía que la del paraíso y del infierno.

¿Dante lo presintió?

En el infierno, la marcha del poeta es lenta; sus pasos, pesados; cuando llega al purgatorio, sus pasos se hacen más ligeros, para volverse aéreos, cuando alcanzan el paraíso.

La línea de separación entre el infierno y el paraíso es, desde ahora, fluctuante. Los círculos más débiles.

En el seno de la Perfección -de lo Perfecto- a la Imperfección -lo Imperfecto- se le ha otorgado un lugar.

* * *

En el gran poema de Dante, el purgatorio está, entero, en la humilde lágrima del supliciado; lágrima de desamparo infinito, titilante como una estrella de agua, entre Bondad y Severidad divinas; lágrima que, aunque despreciada, rechazada por el poeta, fiel al pensamiento de Dios, no dejará de alimentar las palabras del poema redactado a la sombra de Su gloria.

* * *

A partir de esta aproximación podríamos, tal vez, arriesgarnos a sostener que si el paraíso y el infierno se corresponden adecuadamente con la idea que podemos tener de la Justicia divina, el purgatorio, por lo contrario, se inscribe, admirablemente, en el sentido de la idea que el hombre se ha formado del Bien y del Mal.

* * *

Gracias a esta larga y difícil travesía del libro, Dante redescubrió la lengua de la creación.

Guiado por el amor, más que por el deseo desmesurado de saber, su guía es una mujer, la amada. *Su verdadero guía fue, siempre, sólo ella.*

* * *

Para pasar de las bajas regiones malditas al reino celeste de las almas elegidas, era necesario un lugar neutro, transitorio, arrancado a la nada.

Un guión. *La humanidad de un trazo.*

Era necesario un lugar creado a partir del modelo del paraíso y del infierno, que no fuera ni totalmente el uno ni totalmente el otro, sino los dos a la vez. Un lugar *entreabierto*; porque intolerable, inaceptable, es, para el espíritu, la clausura.

Un lugar que obligaría Dios a reconsiderar la situación de El mismo y de Su criatura.

¿El hombre es el único capaz de emoción? ¿Y qué sería una inteligencia que, al menos una vez, no hubiese temblado?

La crueldad es ciega, pero, como tal, es condenada por nosotros. El infierno y el paraíso están también en la escritura.

¿Y si el purgatorio sólo fuese, en la óptica del escritor, la imagen del paso

crucial de un momento ya vivido del libro a otro momento que se va a vivir, el momento en que se escribe?

* * *

Una lágrima insignificante, entre gritos y llantos eternos, atraviesa, de un extremo a otro, el inmenso canto de amor, en tres partes, al que Dante dio ese título ambiguo: La Comedia.

Lo que nadie había visto hasta entonces, se despliega ante nuestros ojos aterrados o deslumbrados.

Un libro se hace libro por su inmersión en las tinieblas y por su gradual ascenso hacia la luz.

Espectáculo divino, vuelto a ver y minuciosamente reactualizado por un poeta de genio, un poeta de ayer y de mañana.

La modernidad es, acaso, lo insuperable.

Como el infierno y el paraíso, la fealdad y la belleza existen. El mal y el bien existen.

Pero está el amor para llorar por uno y para otorgar su esplendor al otro.

* * *

El infierno es, quizá, la imposibilidad de amar.

* * *

En este caso, Auschwitz, ejemplo contagioso, aunque único, en determinado sentido, de lo que se continúa perpetrando en campos de exterminio similares, sería, todo lo contrario, el amor levantado contra sí mismo, por haber comprendido, en un relámpago de lucidez, frente al dolor universal, que ya no había, en ninguna parte, lugar para el amor.

La desesperación de un amor en cenizas entre las cenizas del paraíso.

Coda: traducir y celebrar

Durante los dos primeros meses de 1993, verano verde en San Ambrosio, habitado por recuerdos indecibles, pronto a desencadenar tormentas, el librito de Edmond Jabès circuló en un ida y vuelta reiterado entre la casa de Oscar del Barco y la mía, una a veinte metros de la otra, una en la otra, y sin embargo solitarias frente a un mundo hecho de montañas, olores, brillos voces de pájaros y el río interminable; solitarias, cuando se anuncia la noche, frente al lucero que se instala, furtivo, en un cielo rojo de azul vibrante.

Habíamos coincidido en traducir ese texto, seguramente, para que nuestras innecesarias conversaciones -que consisten en aludir a lo mismo, una y otra vez, con sutiles variaciones tonales de una música que ambos ignoramos-, buscaran, en Jabès, la armonía de las palabras de otro que hace tiempo nos acompaña. El infierno evocado por Jabès, que evoca el de Dante o, mejor dicho, el de una traducción al francés del Infierno de la *Divina Comedia*, admitió los infiernos propios; y fueron sin horarios nuestros balbuceos sobre el Mal (precipitado en la tortura y en la técnica), sobre el amor (que otorga sentido al mundo), sobre la redención (de la que hablan los relatos jasídicos y *El sacrificio* de Tarkovsky), sobre los cristos y los budas. Antes y después, el tema de la palabra. Yo, porfiado, defendiéndola mientras marchábamos por algún sendero vecino; empecinado, tal vez, como lo imagina Oscar, por mi ser judío. La palabra, que él mira con sospecha porque la sabe tan enorme que en cuanto se la enuncia queda mutilada. Así, perdidos entre palabras, celebramos nuestra amistad. En los sólidos huecos de silencio, estaba Dios.

Héctor Schmucler



MUSIC

EX
LIBRIS

EDWARD
JOHN
MARGETSON